

Presencia de María en el valle santificado

Todos estos hechos explican porque millones y millones de cristianos llegan a estos parajes desde las más remotas tierras, como pueden ser China, Japón o Argentina. Un misterioso imán los atrae: El amor de la Madre.

Todos los que llegan a estas tierras de Bosnia Herzegovina, viven con la presencia de María la experiencia viva del misterio de Dios, que se quiere revelar a los corazones con una nueva intensidad. Los que llegan a Medjugorje reciben una efusión del Espíritu Santo, que los hace testigos de una nueva vida cristiana. Esta experiencia es la entrada en un cielo nuevo y una tierra nueva que María anuncia. Será el triunfo de su Inmaculado Corazón. Con este triunfo se extenderá el amor a Dios y a toda la creación, para que el universo entero sea integrado en el Cristo.

Cuando se llega a Medjugorje María nos recibe e inicia un trabajo. Nos abraza. Quiere acercarnos a Jesús.

No lo hará con ideas o razonamientos sino con los latidos de su Corazón cargado de gracia. Nos une a su Corazón para que el suyo y el nuestro tengan los mismos latidos.

Mirar a María, contemplarla, sentirla viva y cercana, llamarla, invocarla, hablarle, confiarse a ella, establecer una profunda relación de amor, sujetarse a ella con docilidad, con obediencia, amor y confianza, es el fruto de toda visita. Eso tiene lugar en Medjugorje con la misma naturalidad que el respirar.

Cuando se llega a Medjugorje se tiene la impresión que todo el valle es un templo, un lugar de plegaria.

El templo parroquial y la capilla adjunta siempre llenas con grupos que celebran su Eucaristía. Numerosos fieles esperando reconciliación. Grupos que se dirigen al Podbrdo. Otros suben al Krisevac haciendo devotamente el Viacrucis. Otros escuchando a los videntes, a los Padres Franciscanos o alguna Hermana de las Bienaventuranzas. Otros visitan el Cenáculo, otros el Oasis de la Paz. Y finalmente la visita al P. Jozo, que habla con encendido amor de María y de la Eucaristía.

Todo esto pone al peregrino en un ambiente sobrenatural. Se respiran aires de fe, de fervor, de plegaria. El valle está perfumado de silencio y contemplación.

El valle de María es mansión de paz. En él habla el silencio. El silencio te transforma, te hace entrar en tu interior.

Quien tiene la dicha de encontrarse con algún vidente, queda impresionado, pues llevan en su rostro la belleza celestial de María. Los videntes irradian algo inefable. Podremos adivinar en sus semblantes una paz, una alegría, una luz, una serenidad que es la impronta de María en sus corazones. Presentan un alma sencilla, humilde, llena de encanto.

Quienquiera llega a Medjugorje vive la experiencia de un encuentro con María, de corazón a corazón. Un encuentro que enciende fe y amor.

La aceptas a ella y a su Hijo. Caen las resistencias del pecado, que anida en todos los corazones. En nuestro corazón florece un sí generoso a la llamada de la Señora a la santidad. Ella te enseña que es ser cristiano en la nueva época, ser seguidor de Jesús en un mundo nuevo.

Ves el mundo no a través del pecado y de sus esclavitudes. Dejas de ser esclavo de las cosas. Porque María te ofrece la gracia de la libertad.

En su presencia aceptas las renunciaciones con gozo, porque ella te ofrece su amor, el amor de Dios, el amor de los hermanos, la paz, la alegría, que valen infinitamente más que las pequeñeces a las que renunciaciones.

Ningún hijo de María regresa como llegó. No es igual la vida. Ha nacido de nuevo. Y comienza una vida nueva. Tiene necesidad de gritar la alegría que desborda su corazón.

Los peregrinos se vuelven apóstoles de un mensaje de amor y de fe, que da un nuevo sentido a la vida.